

siguió primero detener las iras desbordadas y poco a poco reducir a la paz y sosiego los ánimos alterados. En Valencia se repitió un acto semejante. Más significativo parece el que ejecutaron nuestros Padres en cierta contienda ruidosa de Barcelona. Dos familias principales, habiéndose enemistado entre sí, preparaban a sus amigos y parciales, que eran muy numerosos, para llegar a las manos si fuera menester. Enterados los jesuitas de la lucha que se preparaba, hablaron en particular a las dos familias, instaron, rogaron y suplicaron con todas sus fuerzas para evitar el sangriento desenlace que se temía. No fueron estériles sus diligencias; lograron por fin, no sólo evitar un rompimiento, sino también reducir a cristiana concordia a los dos caudillos de ambas facciones. Habiéndoles hecho confesarse devotamente, en un día de fiesta dispusieron que se acercaran juntos a recibir la Sagrada Eucaristía. Espantada quedó la ciudad al ver reducidos a tanta paz y concordia a dos enemigos tan poderosos y al parecer irreconciliables (1).

Si en estos casos intervinieron nuestros Padres cuando era inminente una lucha encarnizada, en otros hubieron de intervenir cuando ya la lucha estaba rota y las armas en activo ejercicio. El año 1595, la gente baja de dos barrios de Sevilla, no sabemos con qué motivo, se desafiaron a una pedrea en las afueras de la ciudad. Supo lo que ocurría un Padre de los nuestros que en aquella tarde enseñaba el catecismo en cierta iglesia. Deseando evitar la efusión de sangre, dispuso una devota procesión con los niños que le escuchaban, y poniéndose delante de ella, encaminóse hacia el campo, donde había empezado la salvaje batalla. Llegado a este puesto, hizo parar la procesión, adelantóse con el crucifijo en la mano, metióse entre el pedrisco de aquella lucha feroz, y levantando la voz y la imagen de Cristo, conjuró a los combatientes que se detuviesen por amor de Dios. Obedecieron ellos por el respeto que siempre inspiraba al pueblo español la imagen de Cristo y la autoridad del misionero. Éste les afeó con palabras graves la brutalidad de aquella acción que ejecutaban, les pidió por Jesucristo y María Santísima que desistiesen de aquella horrible contienda, y cuando vió que la multitud se conmovía y poco a poco se amansaba, rogóles a todos que acompañasen a la procesión de los niños y que viniesen con él a la iglesia.

Confusos y cabizbajos obedecieron al Padre aquellos fieros com-

(1) Jouvancy, *Hist. S. J.*, P. V, l. XVI, n. 28.

batientes, y ordenándose en pos de los niños siguieron en silencio la procesión hasta la iglesia donde se enseñaba el catecismo. Entrados allí, el Padre les dirigió la palabra, les exhortó suavemente a la paz, les rogó que se perdonasen mutuamente por amor de Dios, y cuando los vió compungidos de corazón, por última despedida les rogó que le entregasen las armas con que se estaban hostilizando. Obedecieron todos humildemente, y a los pies del Padre fueron depositando todas las que tenían. Más de quinientas piezas, entre hondas, garrotes y otras rústicas armas recogió el Padre misionero (1). Este triunfo de la gracia no fué único en esta ocasión. En varias ciudades de España vemos repetida esta obra de impedir pedreas y luchas brutales, que fácilmente se armaban los días de fiesta entre la gente baja de nuestros pueblos.

En las regiones ultramarinas, la obra de pacificar discordes tuvo a veces importancia muy subida, porque fué medio para la conservación de ciudades y colonias. Ya insinuamos más arriba la benéfica influencia del P. Diego de Torres y de los principales jesuitas del colegio de Quito, para tranquilizar los ánimos en el tumulto de las alcabalas. En peligro estuvo de perderse toda la ciudad en aquel trance difícil. El P. Diego de Torres, con su autoridad, con su fervoroso celo y su buena mano, contribuyó como pocos a sostener la autoridad y a reducir los ánimos a la debida obediencia y sumisión. Pero en este género de pacificación, digámoslo así, estrepitoso, queremos citar un caso típico que nos refiere el P. Francisco Colín en la *Historia de Filipinas*. Era el año 1605 y la ciudad de Manila se veía muy falta de defensores, por haber acudido casi toda la gente de guerra a la empresa de Maluco con el Gobernador D. Pedro de Acuña. En circunstancias tan desfavorables, ocurrió un conflicto que vamos a referir con las mismas palabras de nuestro historiador: «Por particulares diferencias que tuvieron un español y un japonés, vinieron a las manos, pasando tan adelante que el español dejó muerto al japonés. Vivían entonces todos los de esta nación en el pueblo de Dilao, extramuros de Manila, donde tenían sus tiendas. Vista la muerte, concurrieron muchos de una parte y otra, españoles y japoneses, los unos por vengar al muerto y los otros por defender al matador. Encendióse el fuego de manera que, pasando las injurias de particulares a comunes, las tomaron por suyas las dos naciones y

(1) *Baetica. Litt. ann.*, 1595.



poco a poco fué creciendo la gente y el coraje. Se hallaron afrontadas fuera de la ciudad las dos parcialidades y tendida una bandera del presidio español con ánimo y resolución de cerrar unos contra otros sin más armas y consejo que el que les dictaba la cólera.

Considerando el peligroso empeño, salió el P. Rector, Pedro de Montes, de su colegio al remedio, y poniéndose entre los dos escuadrones, con su autoridad, voces, ruegos y amenazas, vuelto ya a los españoles, ya a los japones, reprimió a unos y detuvo a los otros, para que no arriesgasen en un resto la salud de las Filipinas, que en aquella coyuntura es sin duda se aventurara, por hallarse la ciudad falta de gente de guerra, porque la flor de ella había seguido al gobernador en la empresa del Maluco y la que quedaba y entonces salía a la ocasión era con más cólera que consejo, como le había tomado la voz a cada uno en la plaza o en la calle, sin más armas que la furia popular. Trabajó con ellos el P. Rector toda la tarde y en fin estorbó con sus razones el rompimiento, persuadiendo a los principales cabezas del gobierno que allí estaban, que, con ocasión de la noche que se iba entrando, mandasen retirar dentro de la ciudad toda su gente. Hízose así; y sabiendo el P. Rector que del fuego mal apagado no hay asegurarse, temeroso de que los japones no levantasen de nuevo aquella llamarada, envió allá para que estuviese con ellos aquella noche, un padre de casa, el cual, junto con otro sacerdote de la orden de San Francisco del convento de Dilao, ministro de aquella nación, tuvieron bien que hacer hasta la mañana en reprimir el furor orgulloso de esta gente..., hasta que con la luz del día, entendiéndola determinación de los españoles y viendo que la artillería estaba abocada a sus casas, entibiada la cólera, siguieron el consejo de los Padres, y rindieron las armas, que es lo que los españoles les pedían... El doctor Antonio de Morga, aunque no nombra al P. Pedro de Montes, confiesa haber sido este el mayor peligro en que se había visto Manila.»

De esta manera procuraban nuestros Padres en estos trances difíciles y apurados mostrarse, como debían, ángeles de paz, empleando la autoridad espiritual de que gozaban en el pueblo católico, para sosegar los ánimos y unir los corazones en los afectos de la caridad cristiana.

6. Los ministerios espirituales referidos hasta ahora eran ejercitados por los jesuítas sin moverse, digámoslo así de sus casas e iglesias. En ellas enseñaban a los niños y predicaban al pueblo, en ellas celebraban religiosas sus solemnidades, en ellas escuchaban a

los innumerables penitentes que buscaban la salud de sus almas en el bálsamo de la confesión, en ellas repartían la sagrada comunión a los fieles, y en ellas, en fin, respondían a las consultas y ejercitaban las obras de celo y caridad que en una ciudad se ofrecen al celo de las almas buenas. Pero era necesario salir de casa, digámoslo así, y recorrer los pueblos dando misiones y buscando a las ovejas que se habían perdido de la casa de Israel. Este ministerio lo tomó muy de propósito la Compañía, pues, como puede verse por nuestra historia, parece que nuestro Padre San Ignacio aun antes de fundarla, ejercitó a sus compañeros en dar misiones por los pueblos y ciudades de Italia. En el quinto generalato se dedicaron nuestros Padres con fervor a este ministerio, y aunque alguna vez la multitud de colegios y el gran trabajo en las ciudades pareció detener el impulso de salir a misiones por los pueblos; pero el P. Aquaviva advirtió en dos o tres ocasiones con mucha seriedad, que no se descuidase este trabajo importantísimo y que se renovase el fervor con que había empezado la Compañía evangelizando a los pobres. Todas las anuas de aquel tiempo nos hablan más o menos de las misiones que se han dado desde cada uno de los colegios y más aún desde las casas profesas, que podían dedicar algunos operarios más a este ministerio. En 1581 salieron del colegio de Santiago tres misiones por las aldeas de Galicia, y procuraron difundir los misioneros la devoción al santo Rosario, repartiendo entre el pueblo tres mil rosarios y acostumbrando a la gente a rezarlo en común. Del colegio de Zaragoza se hicieron excursiones apostólicas en 1583 por espacio de algunos meses, a las aldeas que están a la falda de los Pirineos. En 1584, ocho Padres de la casa profesa de Toledo emplearon todo el año en dar misiones por las aldeas. De la casa profesa de Valladolid se hicieron quince salidas a los pueblos comarcanos, y advierte después la carta anua de este año, que de todos los colegios de Castilla se ha hecho alguna salida mayor o menor a los pueblos de la comarca.

En los años 1586 y 1587 se promovieron mucho las misiones en el Norte de la provincia de Aragón. Los Padres del colegio de Gerona salieron por los pueblos de la diócesis de Vich, y el Sr. Obispo, que presenció el feliz resultado de aquella predicación, afirmaba conmovido que nunca se había imaginado, que pudiera producirse una compunción y conmoción tan saludable en las gentes. De diez millas a la redonda acudían a escuchar a los Padres y, según se explicaba el buen Prelado, aquello excedía a todo lo que había leído en los libros ejecutado por santos misioneros. No hallando término de



comparación en otras historias, decía que los pueblos se habían conmovido con la predicación de los jesuitas, como la ciudad de Nínive con la del profeta Jonás (1). En los años 1590 y 1591 fueron muy notables las excursiones apostólicas que hizo la casa profesa de Sevilla a ciertos grandes pueblos de Andalucía y Extremadura como Arahal, Osuna, Zafra y otros menores. En todas estas ciudades lograron que se confesase toda la gente, y para esto se detuvieron dos Padres en Arahal hasta cuarenta días, sin dejar a nadie por confesar. También era costumbre en estos años lo que ya en otras ocasiones hemos advertido, y es acompañar dos Padres al Prelado en la visita pastoral de la diócesis. En Zaragoza, en Granada, en Huesca, vemos a dos misioneros de la Compañía que preceden a los Sres. Obispos y van removiendo las poblaciones y disponiéndolas suavemente, para que se aprovechen de las gracias espirituales que el Prelado reparte al tiempo de la visita pastoral.

Fué tan notable el fruto que se recogía en estas misiones rurales, y juzgaron algunos tan esencial el sostener este trabajo constantemente, que la piadosa señora D.<sup>a</sup> Magdalena de Ulloa propuso a nuestros superiores, si convendría dejar una fundación para mantener a doce misioneros que se empleasen en recorrer apostólicamente las aldeas (2). Nuestros Padres no juzgaron conveniente admitir esta fundación, porque no era conforme a las constituciones y también porque este trabajo de misionar se debía considerar como propio de todos los hijos de la Compañía, y no como obra de unos pocos dedicados solamente a ello. En algunas ocasiones, como en 1593, salieron también nuestros Padres un poco a la costa del África, y se dió este año una misión en Tánger, donde se recogió algún fruto hasta en los mismos moros, aunque el provecho principal, y probablemente el que pretendían nuestros misioneros, era la conversión de españoles renegados que vivían en aquel país enteramente a lo moro. En otra ocasión, poco después, se hizo otra excursión a la costa de Melilla. En el año 1598 los Padres del colegio de Córdoba dieron misión en setenta pueblos de la diócesis, y del colegio de Granada salieron excursiones a las principales ciudades de aquellos contornos, como Antequera, Priego, Montoya y Cabra.

Sería muy largo enumerar todas las salidas apostólicas que se hicieron en nuestros colegios de España y referir punto por punto

(1) *Aragonia. Litt. ann.*, 1587.

(2) *Castellana. Litt. ann.*, 1592;

los incidentes edificantes que leemos en las cartas anuas ocurridos en estas excursiones. La semejanza de los episodios los haría cansados, y lo que nos importa es retener, como en globo, el copioso número de misiones apostólicas, dadas por nuestros Padres desde casi todos los domicilios de España en los pueblos de la comarca situados a veinte y treinta leguas en torno de nuestro colegio.

7. Esto eran las misiones en los pueblos de España. Pues si pasamos los mares y observamos los trabajos apostólicos de los Nuestros en América y Filipinas, bien se deja entender que no habían de ser inferiores a los que vemos ejecutados en la metrópoli. Tres géneros de misiones distintas ejercitaban en aquellos países los jesuitas. Primero, con los españoles que formaban el núcleo de la población. Era costumbre corriente, al entrar por primera vez en una ciudad cualquiera los Padres de la Compañía, empezar por una fervorosa misión que daban a los españoles, exhortándolos a purificar sus conciencias en las aguas de la penitencia, y oyéndolos a todos en el sagrado tribunal. Y esta misión, entablada, como quien dice, a los principios, podía considerarse como constante, pues siempre en las ciudades de españoles la principal ocupación de los Nuestros solía ser edificar y santificar a las personas que habían de dirigir a los pueblos y dar, como quien dice, el tono en la vida civil y social. Recuérdese lo que referimos de los jesuitas cuando entraron en Lima, en Santiago de Chile, en Santiago del Estero, en la Asunción y en otras poblaciones americanas.

Después de santificar a los españoles, volvíanse nuestros Padres a cultivar espiritualmente a los indios ya avecindados y bautizados, que ordinariamente moraban en torno de las poblaciones españolas y formaban como la plebe que sostenía los trabajos rudos de la labranza, laboreo de las minas, transporte de objetos pesados y otras faenas duras, que los españoles se desdeñaban de ejecutar por sí mismos. Estas poblaciones de indios solían ser a veces muy considerables. Recuérdense las cuarenta y cinco mil familias de indígenas que vivían en Méjico cuando llegaron nuestros Padres, los sesenta y ocho mil indios que en Quito y otras dos o tres poblaciones del Ecuador rodeaban a la pequeña colonia española. En todos estos concursos caía la palabra divina de labios de los jesuitas y producía felicísimos resultados, como en terreno ya bien preparado y a veces admirablemente dispuesto para recibir las impresiones de la gracia. Como además se esmeraban los jesuitas en aprender las lenguas de aquellos indígenas, con sólo esto, alcanzaban entre ellos una autori-



dad y crédito de que no podemos formarnos idea. Todos los indios rodeaban al padrecito, le miraban con ternura y acudían como niños, esperando de él socorro en sus necesidades y protección contra los desmanes y tropelías del español.

Pero no eran estas misiones de indios las que llamaban principalmente la atención entonces y después. Lo más difícil, lo más arduo y penoso eran las misiones aisladas entre los mismos indios.

Pues de estas misiones se fundaron las principales en tiempo del P. Aquaviva. Hasta entonces sólo habían podido nuestros Padres extender su celo apostólico a los indios que vivían o en las mismas ciudades de españoles o en un radio de algunas leguas. En el quinto generalato la provincia de Méjico fundó las misiones de Cinaloa, de Topía y de Parras, en el extremo norte de la actual nación mejicana. La viceprovincia del Nuevo Reino y Quito, empezó, aunque todavía tímidamente, las entradas que con tanta gloria debía hacer en los tiempos adelante a lo largo del río de las Amazonas. La provincia del Perú entabló la misión de Santa Cruz de la Sierra; los jesuitas de Chile se internaron en lo que entonces llamaban tierra de guerra, es decir, en los países donde vivían los indomables araucanos. Por fin, el Provincial del Paraguay, Diego de Torres, entabló en los últimos años del P. Aquaviva las admirables misiones del Paraguay, enviando al P. Lorenzana, que empezó las reducciones de San Ignacio Guazú, a los PP. Cataldino y Masseta, que dieron principio a las reducciones del Guairá, y a las otras misiones de los Guaicurús, que no echaron raíces por la dureza invencible de aquellas tribus salvajes y desalmadas. Vemos, pues, que la Compañía de Jesús en tiempo del Padre Aquaviva, extendió su actividad apostólica desde el Norte de la actual República Mejicana, hasta las islas de Chiloé y el Archipiélago de los Chonos en las regiones meridionales de la actual nación de Chile.

8. Resumiendo, en pocas palabras la acción benéfica de la Compañía de Jesús en tiempo del P. Aquaviva, observamos que alcanzaba a todos los grados de la sociedad, así en la culta Europa, como en las regiones apenas descubiertas de las Américas. Por sus escritores, la Compañía se ponía en comunicación con la gente más sabia del mundo. Escriturarios como Toledo, Maldonado y Pineda, caminaban al frente de los expositores del sagrado texto. En la teología brillaban como astros de primera magnitud los PP. Vázquez, Suárez, Molina y el mismo Toledo. Entre los ascetas no tenían rival el popularísimo P. Alonso Rodríguez y el profundo Luis de la Puente. Los historiadores pronuncian con respeto los nombres de los PP. Riba-

deneira, Guzmán y Mariana. Los humanistas recordarán siempre a los PP. Bonifacio y Lacerda. En fin, los catequistas nunca olvidarán a los dos célebres PP. Astete y Ripalda. Con estos sabios se daban la mano otros muchos maestros que influían considerablemente en los principales centros de enseñanza, aunque después sus nombres hayan quedado algo relegados al olvido, por no haber escrito obras de consideración. Tales fueron en Salamanca el P. Miguel Marcos, en Sevilla el P. Ignacio Yáñez, en Valencia el P. Juan Artal, en Lima el Padre Menacho, y otros hombres como éstos que ejercieron largos años la carrera del profesorado e infundieron la ciencia sagrada en innumerables discípulos del estado eclesiástico y seglar. Los confesores de la Compañía estaban a todas horas esperando en sus iglesias, no sólo a los pecadores que quisieran reconciliarse con Dios, sino también a muchas almas justas, que adelantaban pasmosamente en la perfección evangélica bajo la dirección de nuestros grandes maestros de espíritu. Por último, los misioneros catequistas hacían llegar hasta la ínfima clase del pueblo, hasta los presos de la cárcel, hasta los enfermos de los hospitales, hasta los indios de América, hasta los negros del África la acción benéfica del Evangelio de Cristo, cuyas verdades enseñaban a todas las gentes, difundiendo el amor a nuestro santísimo Redentor, la devoción a María Santísima y el verdadero espíritu de nuestra santa madre Iglesia.

Sí, pues, consideramos luego que esta acción inmensa de los jesuitas españoles no es ni la tercera parte de lo que hacía en el mundo la Compañía de Jesús; si observamos que los jesuitas portugueses repetían estos prodigios en las Indias orientales y en el Japón; si advertimos que los jesuitas italianos animaban el celo y el espíritu católico en el centro de Europa; si notamos que los jesuitas franceses, flamencos y alemanes, eran un dique poderosísimo contra la invasión de los herejes, y que gracias a ellos perseveró la fe de la Iglesia romana en aquellos países; si observamos la vida intensa que en todos estos ramos ejercían sin cesar los jesuitas, bien podremos afirmar, como lo han dicho otros, que en los tiempos modernos ningún hombre ha influido tan poderosamente en bien de la Humanidad, como nuestro Padre San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús.